

en sus candorosos amores, en su inocencia infantil, en su piedad para conmigo... y ¡héla muerta! El mar juega con sus trenzas doradas; los cangrejos, ya sin miedo, se encaraman por sus faldas, ¡madrecita mía! Y la noche va cayendo, cayendo, y acierto á sentir que sobre mi cabeza pasa un hálito sagrado. He allá el antiguo bloque druidico, el altar posesionado de su víctima inmaculada, sangrienta, exánime. La naturaleza se cubre de tinieblas al contemplar su obra de destrucción. El trueno de la resaca surge como un canto funeral. Y no habría para mi consuelo si no imaginase hallarme en la cima del Calvario, y que el pino en que me abrazo es la Cruz de Jesucristo, en quien reposo de mi dolor y de todo lo que no comprendo.

LAS DAMISELAS DEL MAR



SEIS muchachos de camiseta azul, sórdidos, astrosos, quedaron sentados en el peñascal; sus piernas desnudas cuelgan sobre el mar que con frecuencia se ahueca y les baña los pies. Cada cual posee su caña y su montón de gusanillos roqueros, el manjar que los peces reputan más sabroso.

La pesca les ocupa trece horas, y unánimes levantan gritería de vencedores cada vez que uno arranca al mar algún serrano boquiabierto que esparrama en el aire el varillaje reluciente de sus membranas espinosas.

El crepúsculo vespéral amortigua

lentamente el esplendor de sus humaredas violáceas. Unas estrellas empiezan á centellear en el aire azul. Una bandada de cuervos atraviesa el espacio y va á perderse en la montaña, entre las paredes tenebrosas y destartaladas de un viejo castillo.

Más de un muchacho, cansado de vigilar incesantemente los avíos de pescar que balancean al ritmo de las olas, se ha adormilado. Caen las cabezas sobre el pecho. Los dedos se aflojan y á duras penas sostienen las cañas, que abaten sus copetes al nivel del agua.

—Ya no pican—dice uno malhumorado.— ¡Concho, y está eso obscuro! —exclama otro, surcando el cielo con los ojos.— ¿Me vais á creer? Lo mejor será echar un sueñecito hasta que la luna se levante.—Todo el mundo está conforme. Se ponen en hilera, muy prietos, pasan los brazos sobre las espaldas y los cogotes de los compañeros, y se adormecen tranquilamente al raso, repantigados en una roca.

La noche se obscurece más y más. La luna amarillea en su oriente; una

faja de bruma cenicienta divide su esfera. El mar canta á los chicos una canción de cuna, atenuando su bronca voz.

De pronto, suena algo así como un galope sordo y espeso... tras, tras, tras... y van apareciendo *las Damiselas del Mar*, montando unas bermejitos langostines, otras montando enormes cangrejos viejísimos, revestidos de musgo marino.

Rien todas espoleando con una estalactita las junturas sensibles de sus desusadas cabalgaduras, que ascienden por las vertientes resbaladizas de la roca. Rien todas, holgándose en el aire puro y sacudiendo el rocío de cabelleras y sus velos aguanosos.

Son blancas como la carne pálida del pez. En sus cabellos finisimos juegan tonalidades irisadas; brillan en sus cabezas peines de escama; sus mantos son verdes, son largos, largos, arrastradizos; por ojos, tienen gotitas de luz como las que á veces produce en el agua el roce de los remos. A su paso desprenden agradablemente un olor á marisco.

Apenas han notado la presencia

de los seis pescadores novicios, descabalgan, se acercan á ellos, y se encaraman, agarrándose á sus piernas.

Una damisela se sienta pensativa en el resalto formado por el labio de un muchacho dormido. Otrase cuelga á las pestañas de otro muchacho, y mira curiosamente por la hendidura de los párpados, afanosa de atisbarle el ojo. Aquella contempla voluptuosamente el paisaje desde lo alto de la coronilla del más gallardo de la banda. La de más allá se atiene al más regordete y se sirve de su aliento suave y temperado para calentar las manos diminutas. Algunas se arraciman sobre una misma cabeza. Las hay que chocan sobresaltadas en la eminencia de un hombro, al cual subieron por lados opuestos. No se oye nunca el más ténue sonido.

Finalmente, todas van á murmurar palabras misteriosas al oído de los durmientes.

Les hablan de la poesía del mar, del exquisito jugueteo de las ondas, de sus bellos colores que se truecan sin cesar; les hablan de los peces y de las hierbas donde pacen; de las

tempestades, de la serenidad, de los encantos de un viaje sin fin, de la sublimidad de los elementos desafiados... de algo que nuestras palabras no pueden expresar. Y los pescadores sueñan, sueñan todo lo que las pequeñas hadas les inspiran en voz baja.

Al despertar, ya las Damiselas marinas han desaparecido, y no se oye más que el trote de sus donosas cabalgaduras que corren á sumergirse en el agua.

Pero el encanto se ha realizado. Ya ni tempestades ni angustias de ningún linaje podrán extinguir en el corazón de los muchachos el amor á la vida marinera. Dadles el bienestar en la montaña y los veréis agobiados sin remisión por añoranzas y melancolias.

NOCHE DE ÁNIMAS



El eco de tu postrera danza, oh Fiesta de Todos los Santos, fenece.

La orquesta penetró en el mesón. En la vasta cocina, ante el hogar, sentados en el banco, ó en sillas y escabeles, los músicos se calientan las piernas, y suavizan con unas sopas en vino las gargantas secas y agobiadas. Cada cual sostiene con la mano izquierda, sobre la rodilla, un plato de tierra muy hondo, en cuyo seno se hinchan y colorean los pedazos de pan que flotan en el líquido humeante. Los dedos pellizcan, sorben tenaces las bocas y los semblantes adquieren vida al influjo del saludable refrigerio.

En tanto el abuelo echa un sueñecito en su rincón, casi rozando los purpúreos tizones. Ora levanta poco á poco la cabeza hasta poner en descubierto las piltracas marchitas de su papada, ora la deja caer pesadamente sobre el pecho.

Media docena de jóvenes payeses bien trajeados y rasurados, con las barretinas encrestadas en la cabeza con esmero coquetón, y luciendo á guisa de joyas unos brotes de albahaca en las orejas, conversan de pie formando corro detrás de los músicos. Sus caras llamean todavía con el fuego que encendiera la danza; de vez en cuando enjugan con pañuelos multicolores el sudor que resplandece en caras y cogotes.

La mesonera y las criadas van con presura del hogar á los hornillos, de los hornillos al armario.

Un mozalbete, puesto en cuclillas dentro de un cuévano de hierbas, espíalo todo con ojos despabilados.

El candil que pende de la pequeña bóveda de los hornillos apenas deja ver su lucecita amarilla entre la humareda que surge de cazos y sartenes. En cambio los resplandores

rojos y volubles del hogar vagarean por el ámbito sombrío. Todo danza en un caos de luz y de tinieblas.

Al toque de oración algunos payeses empiezan á hablar de la noche de ánimas, de la noche que va á cerrar. Se cuentan casos de apariciones sobrenaturales. Cada cual trajo su historia, y procura interesar con ella todo lo posible. Un músico, hombrón de elevada estatura, flaco, de recias espaldas, de faz prolongada, frente calva y patillas blancas, luego de sorber los heces de su plato, mete baza en la conversación y dice:

—No se si habréis conocido á Refila de Navata... Yo sí. En todo el Ampurdán no había tenora como la suya; era un gran músico, un compositor de sardanas de los que entran pocos en libra. Sus sardanas... ¡ya lo creo!... se tocan aun y se danzan con devoción... Esta es la palabra... Se danzan con devoción porque su música tiene algo de religioso, de santo, de... no puede explicarse, ea. Fué mi maestro de tenora. En aquellos tiempos sería ya viejecito, pero estaba fresco y reluciente... era un

hombre chiquitín... ¡si parece que le estoy viendo!... cariredondo, el cogote prolijo... Vestía calzas y delantal, al uso añejo, y la chaqueta adornada con vistosa botonadura de hoja de lata. No vayáis á creer que diera en pisaverde... nada de eso. No le importaba que cayese al azar su barretina morada, que le colgaba como un saco vacío por encima del hombro. Las medias le arrastraban y él no se daba cuenta. Todo el día estaba soñando solfas. Ah, no recuerdo todas estas cosas para que os riáis, no... que no es cosa de risa... las digo para que veáis cuan presente tengo á mi hombre y para que entendáis que no es ningún cuento lo que voy á referiros.

Aquí el narrador se detiene unos instantes. Reina el silencio. Las sartenes de los hornillos cesaron de chirriar. No se oye más rumor que el sordo ronquido de la enorme olla de hierro que pende de las caramilleras, y empieza su hervor. El mozalbete del cuévano no aparta su vista de los labios del músico como si espíase el surgir de las palabras,

El músico prosigue su relato de esta suerte:

—Hoy cumplen años de mi historia. Refila de Navata había ido a tocar en las danzas de la fiesta de hoy en un pueblo comarcano. Cuando hubo terminado, al cerrar la noche, emprendió solito el camino de su casa. El mismo me lo contó más adelante. Con la tenora metida en la bolsa de cuero y sujeta á la espalda, tras, tras, descendía de la montaña, tomando cuantos atajos encontraba. Pero á no tardar, aunque las piernas de Refila seguían triscando por los senderuchos, sus pensamientos andaban lejos, lejos... se habían desprendido ya de la tierra. Habíale conmovido una inspiración, y componía allá en sus adentros. Nadie puede imaginar, si no lo ha experimentado alguna vez, de que modo las inspiraciones arrebatan el alma de un artista.

Aquí todos los músicos balancearon la cabeza en señal de aprobación, y el narrador continuó diciendo:

—Pasaba el tiempo, y Refila, distraído, hechizado, no tenía la menor

idea de que transcurriese. Y andando, andando, al fin tropezó con una cepa desarraigada. Entonces volvió en sí... esto es, salió de su preocupación... y como desvelándose empezó á mirar á una y otra parte. Mira acá, mira acullá... Señor, se había perdido en mitad del bosque, ante unos barrancos muy hondos que infundirían pavor al hombre de más denuedo. La noche había cerrado totalmente. La luna era casi nueva. Apenas se divisaba en la diafanidad del cielo algo así como una pequeña sombra más clara y azulada que el fondo del cielo, ribeteada por un blanco hilillo de luz. Los senderos... ya lo imagináis... se borraban á cuatro pasos de distancia. Refila estaba desorientado por completo. Y he aquí, muchachos, que mientras él examinaba crestas y vertientes de montañas, buscando algún detalle conocido, llegó á su oído, en una racha suave, algo así como una música singular y embelesadora. Era una música que apenas se oía, fina, finísima, casi desmayada en el aura. Sonaba como un zumbido de abejas que acercándose ahora, alejándose

presto, aumentaba ó disminuía, aunque siempre débil, confusa... ¿Qué iba á ser aquello, qué iba á ser?... Al principio, Refila se creyó juguete de una ilusión; que le zumbaban las orejas... que una expansión de la sangre murmuraba las armonías soñadas durante la marcha. Pero ¡quía!... no tardó en venir el desengaño. Aquella música no se parecía á nada que él hubiese nunca imaginado ú oído. Era un nuevo aire de sardana apacible, melancólico... que se apoderaba del corazón despertando en él las más dulces ilusiones de la vida pasada. Llevaba al alma un recuerdo parecido al del placentero son de los primeros besos de amor, pero al mismo tiempo despertaba una tristeza honda, muy honda, ¡Jesús mío! Lástima que por la obscuridad no se pudiese escribir media palabra, de lo contrario, Refila, hubiese apuntado las maravillas que llegaban á su oído. Solo podía escuchar, eso sí... y para lograrlo mejor, poquito á poco echó á andar hacia el paraje de donde parecía llegar el zumbido armonioso.—

Calló el músico por breve espacio,

suspirando. La mesonera y las sirvientas habían vuelto la espalda á los hornillos y atendían boquiabiertas, con ojos amilanados. No se oía á nadie ni respirar. Solamente se distinguía el sordo roncar de la olla enorme de hierro que hervía colgada de las caramilleras. Al cabo de escaso tiempo el narrador continuó su relato del modo siguiente:

—Refla de Navata no se acordaba de su casa ni de su familia, ni del camino perdido. No le movía más anhelo que el de impregnarse de aquella finísima corriente de armonía, cuyo rastro andaba siguiendo. Refla era músico en cuerpo y alma. Al sortear un avance de la sierra divisó en una hondonada brumosa un lugarcillo lejano, que parecía dorado á la luz de la celistia. Se encaminó hacia allá... A medida que avanzaba, los sonos seductores se oían más claros, menos inciertos... ¡Adelante!... Chocó de pronto con una pared revestida de yedra, una pared muy baja... tras la cual se extendía una salceda compacta y frondosa. Surgía de allí una húmeda vaharada; así, como de tierra agitada ó regada poco ha.

¡Pardiez! allí se danzaba. Refla oía las pisadas de la gente, unas pisadas continuas, acompasadas... dóciles al aire musical. Era indudable; á la sombra de aquellos árboles, se danzaba la sardana sin más luz que la de las estrellas. Costaba algún esfuerzo reparar en los danzantes, pero á medida que la vista se enseñoreaba de las tinieblas, notábase confusamente su vaivén, el rodar incesante y los saltos. Eran gente angulosa y deplorable. Sus pies daban en el suelo con crujido áspero, seco. Algunos llevaban los pliegues de la ropa tachonados de una tierra que con el movimiento se iba desprendiendo y caía con ruidos ténues de llovizna. Refla se estremeció de pies á cabeza, comprendiéndolo todo. El recinto era un cementerio. Los sauces, las plazuelas orilladas por rosales en flor, las cruces medio derruidas que en medio de ellas se divisaban, algunos hoyos que parecían cavados recientemente... todo explicaba la verdad del caso. Era noche de ánimas y los danzantes serían unos buenos difuntos ampurdaneses que, con permiso divino,

holgábanse bailando la sardana, el baile de sus dulces recuerdos. Los músicos, encaramados sobre una antigua tumba, aterciopelada por el musgo, tocaban sus tenoras y caramillos con apagado aliento que no llegaba jamás á hinchar sus mejillas hundidas. ¡Y con qué finura y exquisitez seguían tocando! Su música era suave, embelesadora... se apoderaba del corazón, despertaba en él las ilusiones de la vida pasada, pero al mismo tiempo derramaba una congoja muy lastimera. ¡Jesús mío! Refila no se cansaba de escuchar. A pesar del miedo que sentía, el pobre-cillo no hubiera sabido arrancarse á aquel deleite. Y entretanto la sardana se acercaba hacia el lugar en que se hallaba y los cuerpos glaciales de los bailarines exhalaban un cierzose-puleral, un airecillo cortante que los rosales experimentaban desde muy lejos. ¡Vaya si hería á los rosales!... Hubiérase dicho que pasaba por sus ramillas algo parecido á una pavura, y las rosas súbitamente se dilataban, se desfloraban, dejando caer doquiera sus hojas diminutas. Refila sentía también aquel frío en la ca-

beza, en el pecho y en la médula de los huesos... y no tenía ya ni fuerzas para huir, y sus piernas se doblaban, y sus párpados cerrábanse con sueño invencible, despótico como el de la muerte. ¡Pobre Refila de Navata! Cayó, cayó sin sentido al pie de la cerca... y ¡librenos Dios de un sueño parecido al suyo!—

Aquí el narrador calla suspirando, inclinando sobre el pecho la cabeza meditabunda. Oyese, al mismo tiempo, el canto lejano de un gallo, cual una queja prolongada y misteriosa. Todos se estremecen. El mozalbate del cuévano vuelve el rostro, pálido y azorado; creyó sentir un aliento frío que le escarolaba los pelos del cogote. Tras una larga pausa, el músico suspira de nuevo, y dice:

—¡Mundo, mundo, albergue de sándios! ¿Sabéis lo que la gente supuso cuando Refila contó lo que le había ocurrido? Pues nada... que el relente de otoño habíale atacado el cerebro, y había deshojado las rosas. Y los médicos que le visitaron...—porque desde entonces acá siempre estuvo enfermo, flaco, abatido, sin colores—¿sabéis lo que dijeron? Que sí, que

había perdido el seso, y que sus relatos no eran más que engendros y fantasías.

—Y á vos, ¿qué os parece? —pregunta el mozalbete del cuévano con voz ansiosa y apagada.

—Yo creo que Refila es más sabio que nosotros y que todo el protomedicato —responde el músico sentenciosamente.

Todo el mundo hace un gesto de aprobación. A aquellos ampurdaneses no les parece raro que los difuntos, por regaladas que estén sus almas en el cielo y por helados que deban de hallar sus cuerpos bajo la tierra, quieran, con el divino permiso, holgarse una vez al año danzando la sardana, el baile de sus dulces recuerdos, la danza sagrada de la tierra.

FINILLA